

sarias, y puesta la primera sección bajo las órdenes del teniente coronel D. Eustaquio Castillo, el mismo Cetina se puso al frente de la otra y emprendió su marcha con ella al rayar el alba del día 17.

Esta segunda sección, que era la más numerosa, llegó á Valladolid á las nueve de la mañana, y al colocar audazmente sus piezas de artillería frente á la primera trinchera del enemigo, se vió obligada á contestar los tiros que le dirigían los defensores de la plaza. Esta circunstancia forzó á Cetina á empeñar el combate antes de que el teniente coronel Castillo llegase al barrio de la Candelaria, como se había acordado la noche anterior, y el resultado no pudo ser más desastroso para los agresores. Es verdad que cargaron con un ímpetu tan extraordinario, que el coronel Rosado se vió obligado á apelar hasta á las fuerzas de reserva que había colocado en la plaza principal; pero peleando á pecho descubierto y no habiendo sido auxiliados á tiempo por la fuerza que aguardaban, se vieron en la necesidad de huir, dejando regados en el campo de batalla unos veinticinco cadáveres, entre los cuales se contaban los de varios oficiales distinguidos. El coronel Rosado se ocupaba ya en disponer una columna que saliera en persecución de los fugitivos, cuando el teniente coronel Castillo se presentó en el barrio de la Candelaria con los cuatrocientos hombres que mandaba. La derrota de éste costó menos sangre que la de Cetina, y en pos de los dispersos salieron de la plaza algunas guerrillas exploradoras, que volvieron trayendo un gran número de prisioneros (4).

Por completo que hubiese sido el triunfo que las armas del gobierno obtuvieron en Valladolid, Cetina pudo escapar del desastre unos cuatrocientos hombres, con los cuales se retiró á Tizimín. Una fuerza puesta á las órdenes de

(4) Puede verse el parte detallado de esta acción en el número 2 de *La Unión*, nombre que se dió al periódico oficial desde principios de diciembre.

D. José del Carmen Bello, que le venía persiguiendo desde Mérida, y que no pudo llegar á Valladolid sino hasta el 19, fué destinada por D. Eulogio Rosado para perseguirle. Cetina no se resolvió á aguardar á Bello, y se retiró á Sucopo, donde hizo algunos esfuerzos para reanimar la causa que defendía. Esto le habría sido fácil en otras circunstancias, porque traía consigo muchas armas; pero el incremento que seguía tomando la guerra de castas, comenzaba á hacer que los pueblos odiasen instintivamente toda revolución, y el jefe barbachanista, lejos de conseguir nuevos prosélitos, comenzó á verse abandonado de los antiguos. Al fin llegó á verse solamente con sesenta ú ochenta, y entonces emprendió su retirada hacia la capital. En el tránsito tropezó con una pequeña fuerza que conducía armas á Valladolid, donde escaseaban mucho para emprender la persecución de los indios. Cetina se apoderó de ellas, aunque seguramente no las necesitaba, y repentinamente se presentó en Mérida, donde, no habiendo una guarnición suficiente ni elementos para organizarla, no pudo hacerse resistencia de ninguna especie.

La ocupación de la capital misma del Estado, verificada por aquel jefe rebelde en los momentos en que todo el mundo le creía perdido y ocupado únicamente en huir, causó una sensación profunda, no sólo en los hombres que componían la administración pública, sino también en todas las clases de la sociedad. Cualesquiera que fuesen, en efecto, las simpatías que Barbachano pudiese tener en el país, y Cetina en la clase militar, comprendíase perfectamente que era una locura imperdonable querer encender de nuevo la guerra civil en aquellas circunstancias. Los indios continuaban aprovechándose del abandono en que se hallaban los puntos más avanzados del Sur y del Oriente para llevar á cabo su plan de exterminio. A los asesinatos de Tixcacalcupul y ocupación de Tihosuco, había seguido sucesivamente la pérdida de Tinum, Sabán, Chikinonot y



Sacalaca, cuyas casas habían sido reducidas á cenizas. Muchos de los moradores de estos pueblos habían logrado huir á la aproximación de los indios, aunque esta precaución les valiera de poco; porque perseguidos y acosados en los bosques, como fieras, no pocos habían sucumbido en su fuga al machete del salvaje.

Los indios habrían seguido avanzando indudablemente, si en los momentos en que llevaban á cabo estas hazañas no se hubiese presentado en Tekax el capitán D. Cirilo Baqueiro con doscientos hombres de los Chenes. El jefe político le ordenó que pasase inmediatamente á Peto, para que, uniendo su fuerza á la que había desamparado á Tihosuco, saliese á contener el avance de los sublevados. Baqueiro cumplió activamente con esta orden, y con trescientos cincuenta hombres que sacó de Peto se dirigió á Sacalaca, adonde llegó el 24 de noviembre. Empeñóse en el acto un combate reñido, que duró una hora, al cabo de la cual huyeron los sublevados, dejando en el campo doce muertos y algunos de los objetos que habían robado. El mismo éxito obtuvo pocos días después la fuerza expedicionaria en Tinum y Sabán; pero en seguida se vió en la necesidad de replegarse á Ichmul, porque era ya tan grande el número de los sublevados, que se temió que cayese en su poder esta importante población (5).

La atención pública se hallaba fuertemente preocupada con estos sucesos, cuando Cetina se apoderó de Mérida el 4 de diciembre, al frente de unos ciento setenta hombres que constituían su fuerza. Pero no pudiendo ocultársele la profunda indignación con que la parte sensata de la capital veía esta nueva peripecia revolucionaria en la crisis dolorosa que atravesaba el país, levantó el mismo día un acta en que se sometía al gobierno bajo ciertas condicio-

(5) Partes oficiales de Baqueiro, publicados en los números 2 y 3 de *La Unión*.

nes. Don Pedro de Regil y Estrada y D. Joaquín G. Rejón se prestaron deferentes á pasar á Maxcanú, donde residía el gobierno desde el mes de octubre, con el objeto de conseguir una amnistía en favor de los pronunciados. Don Santiago Méndez se negó á recibir á estos comisionados con su carácter de tales; pero en audiencia particular les manifestó que no se hallaba dispuesto á escuchar las proposiciones de Cetina y sus parciales mientras se conservasen con las armas en la mano; que si las deponían y entregaban al comandante militar de Mérida, podían retirarse tranquilos al seno de sus familias, y que entonces promovería la amnistía ante las Cámaras, luego que se reuniesen, porque él no tenía facultad para otorgarla.

Los comisionados volvieron á Mérida el día 6, trayendo esta noticia y añadiendo que, aunque el gobernador no se había comprometido á nada, creían haber notado en su lenguaje que se inclinaba á la clemencia. Vacilaba Cetina sobre el partido que debía adoptar; pero habiéndosele acercado un gran número de personas á suplicarle que depusiese las armas, y teniendo por otra parte noticia de que se encontraba ya en Tixkokob una fuerza que había salido de Valladolid para batirle, consintió al fin en someterse al gobierno sin condiciones. El y sus secuaces entregaron sus armas al comandante militar y se retiraron á sus casas. En la tarde ocupó la capital la fuerza del Sr. Bello, que se componía de quinientos hombres, y de este modo quedó terminada la revolución que se inició el 6 de octubre en la ciudadela (6).

No es posible dar fin al presente capítulo sin hacer algunas apreciaciones sobre este movimiento político que agitó al país por el espacio de dos meses, en los momentos en que comenzaba á desarrollarse con toda su fuerza la

(6) Periódico oficial citado, número 3.—*La Revista yucateca*, periódico independiente redactado por D. ALONSO AZNAR PÉREZ.



guerra social. Por legales que pudiesen ser los títulos que D. Miguel Barbachano tenía al gobierno; por notable que hubiese sido la dignidad con que por mucho tiempo los defendió, él los había perdido todos desde el momento en que se reconcilió con sus enemigos el día en que se tuvo en Mérida la noticia de los asesinatos de Tepich. La fusión trajo consigo el reconocimiento del orden de cosas emanado del motín de 8 de diciembre de 1846, y para que ninguna duda quedase sobre esta consecuencia, el Sr. Barbachano y sus parciales aceptaron un puesto en la administración pública. El pronunciamiento de 6 de octubre de 1847 no tuvo, pues, disculpa de ninguna especie, y si se tiene presente que para reprimirlo hubo necesidad de abandonar las fronteras del Sur y del Oriente, dando ocasión á que tomase creces la guerra social, no se extrañará que la posteridad lo condene como uno de los motivos más funestos que han ocasionado la ruina de nuestro suelo.

Pero no es esto todo. En los dos meses que duró la revolución, comenzó á propagarse el rumor de que la insurrección indígena, á pesar de los sangrientos episodios con que se había manchado, no tenía por objeto el exterminio de la raza blanca, sino *el de sacudir el yugo impuesto al Estado por la administración intrusa el 8 de diciembre de 1846* (7). Para corroborar este aserto, se publicó en Mérida, durante la administración efímera del Poder ejecutivo, un impreso suelto en que se decía que Jacinto Pat había secundado el movimiento de la ciudadela y unídose con su gente y municiones de guerra á los pronunciados de Ditnup y Kancabchén. Nada de esto era cierto; y sin embargo, Cetina, creyéndolo ó afectando creerlo, llegó á concebir el pensamiento de pedir el auxilio del caudillo indio, y lo pidió, en efecto, según se asegura en un documento oficial que tenemos á la vista.

(7) Las palabras subrayadas están tomadas textualmente del impreso suelto de que se habla más adelante.

Por odiosos que puedan parecer al lector estos incidentes, no eran mas que los preliminares de un plan concebido para arrojar del gobierno á D. Santiago Méndez. Sea por ceguedad ó por malicia, ó por ambas causas reunidas, los barbachanistas siguieron insistiendo en su propósito de hacer creer que se habían interpretado mal las tendencias de la sublevación indígena, y aun se pusieron en contacto con algunos caudillos sublevados, con el objeto de que sirviesen de instrumento á su ambición. El indio, que es astuto y malicioso, aceptó ostensiblemente el papel que se le quería hacer representar; pero fué sólo con el fin de dividir á su enemigo y aprovechar esta división para llevar adelante su plan de exterminio.

En los capítulos que van á leerse en seguida, se encontrarán confirmadas estas tristes reflexiones.